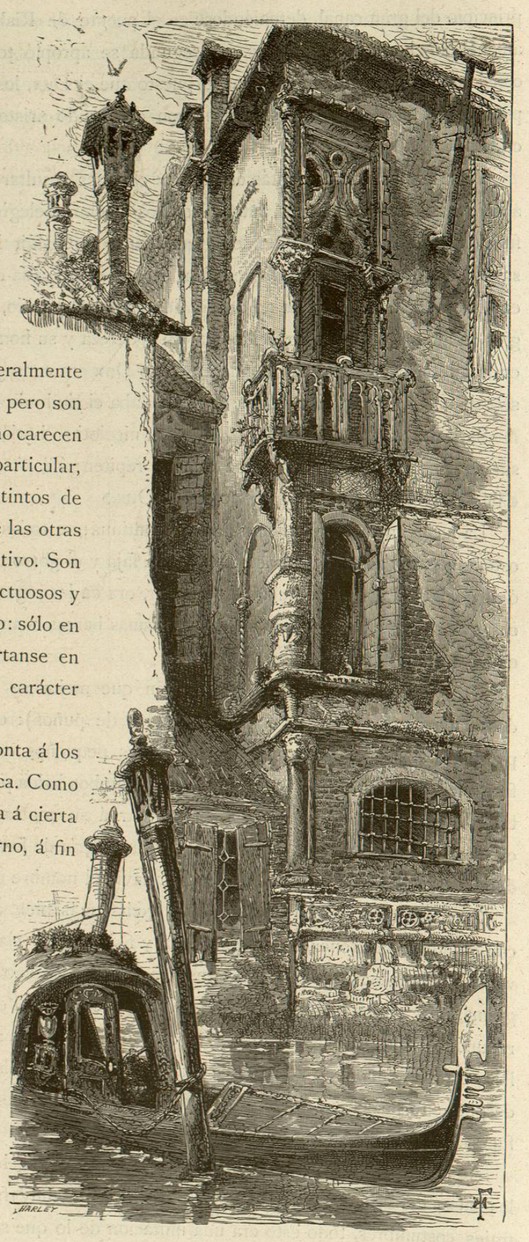
y por esto mismo se halla todavía impreso en Venecia el sello oriental que la comunica un carácter único en Europa.

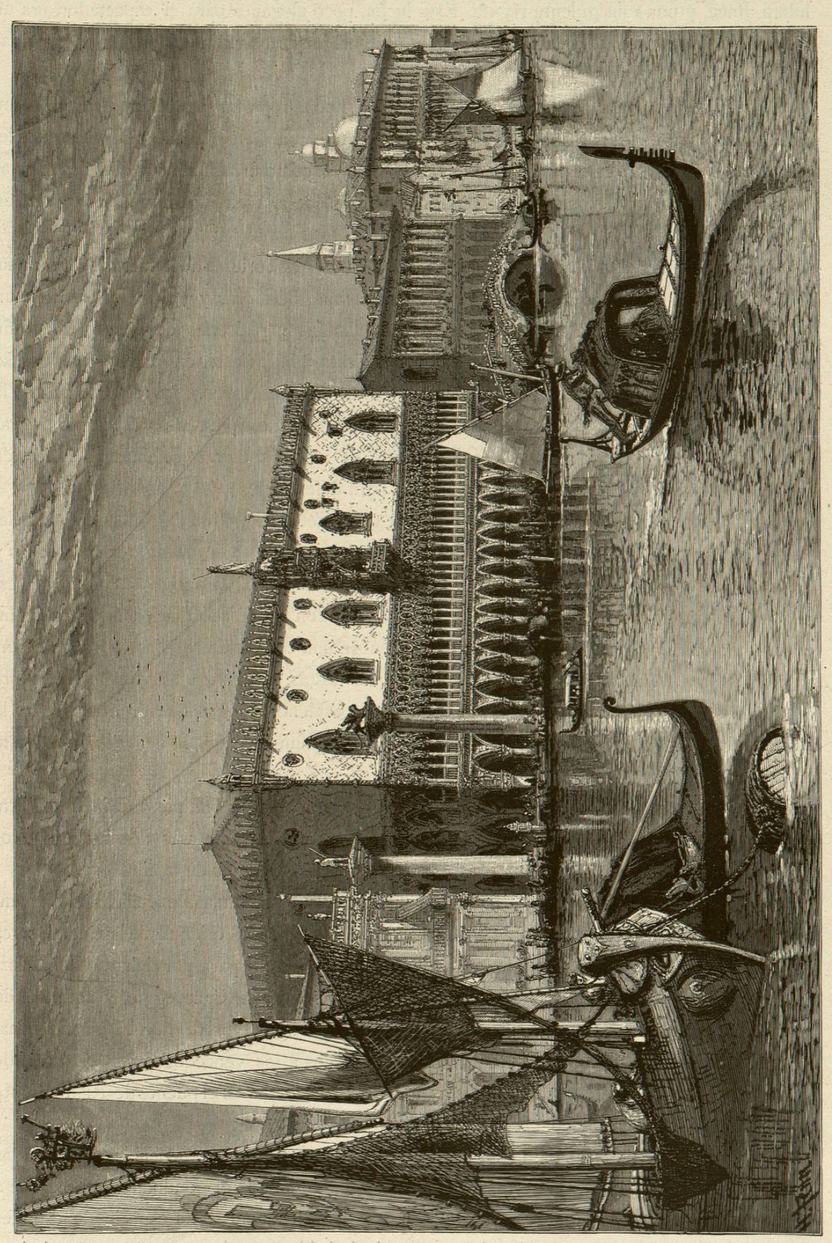
Jamás hubo bajo la República otros partidos determinados que los de los castellani y los nicoloti, que nada tenian de político, segun lo atestigua la historia veneciana, en la cual no se halla vestigio alguno de guerra civil.

Los venecianos tienen generalmente buena índole y carácter reflexivo, pero son al mismo tiempo algo burlones, y no carecen de ingenio: los gondoleros en particular, que parecen resumir en sí los instintos de la raza, han conservado mejor que las otras clases el carácter nacional primitivo. Son despejados, alegres y hábiles, afectuosos y fieles, y de corazon leal y confiado: sólo en las rivalidades de partido despiértanse en los venecianos las pasiones y el carácter turbulento.

El orígen de la *regata* se remonta á los primeros tiempos de la República. Como era costumbre ir los dias de fiesta á cierta hora á pasearse al Lido, el gobierno, á fin de facilitar la travesía, cuidábase de que siempre se hallasen dispuestas en la *riva* suficientes grandes barcas de treinta ó cuarenta remos. Los que no tenian otro medio para trasladarse al sitio empuñaban el remo y ejercitábanse; y de aquí nacieron las competencias y el deseo de cada cual de sobrepujar en destreza á los demás. Aquellas grandes barcas, bien alineadas, partian á una señal, y de esto viene el nombre de *riga*,



Palacio Came.



Fachada del palacio ducal por la parte del canal

hilera, línea, y por consiguiente regata. Esta lucha, poco elegante para el espectador, era un ejercicio excelente para desarrollar las fuerzas musculares y acostumbrar á los remeros á largas travesías.

Los senadores, pensando en la utilidad que esto podia reportar para la marina, buscaron un estímulo; y hé aquí por qué en el decreto promulgado con motivo de la gran fiesta establecida para recordar la feliz liberacion de las jóvenes esposas arrebatadas por varios piratas de Trieste en 914, ordenóse que la regata fuese considerada en adelante como diversion pública.

El rapto de aquellas jóvenes es una de las anécdotas más curiosas de la historia veneciana. Todos los años, el Estado casaba á doce jóvenes, las más hermosas y pobres, con doce mancebos elegidos; y para esta ceremonia prestábanles alhajas y pedrerías de gran precio, á fin de comunicar más ostentacion á la fiesta. Varios piratas de Trieste, en guerra con Venecia, atraidos por el cebo de una presa tan hermosa y rica, emboscáronse en los alrededores de la iglesia; y despues, cuando todo el mundo estuvo reunido, se precipitaron en el templo con las armas en la mano y apoderáronse descaradamente de aquellas nuevas Sabinas á la vista de sus futuros, que sólo tenian guirnaldas de flores para defenderse.

Candiano III, que en aquella época era Dux de Venecia, resentido de semejante audacia, mandó armar al punto varios barcos y persiguió á los raptores á la cabeza de los esposos y hermanos ofendidos. Muy pronto les dieron alcance en un pequeño puerto del Friul, y despues de un encarnizado combate, volvieron triunfantes con las desposadas y sus joyas, segun cuenta la crónica. En celebracion del suceso ordenóse una ceremonia religiosa y varias diversiones públicas, á las que Venecia, en su amor á las fiestas, contribuyó con un lujo siempre creciente. Cuando la República llegó al apogeo de su esplendor, el espectáculo marítimo de la regata adquirió un aspecto brillantísimo único en el mundo, llegando á ser la gran fiesta nacional.

Las grandes regatas ordenadas por el gobierno eran los juegos olímpicos de la República, y tienen sobre estos últimos la ventaja de ser apropiados para las lagunas; de modo que los forasteros no pueden competir para arrebatar los premios á los hijos de la ciudad.

La extension de la línea que se ha de franquear es de cuatro millas venecianas, equivalentes á una legua, poco más ó ménos. Comenzando en la extremidad oriental de la ciudad, cerca del jardin público, atraviesa todo el puerto á lo largo de la ribera, pasa por delante de la Piazzetta, penetra en el gran canal, síguele en toda su longitud hasta Canareggio, y aquí, dando la vuelta al rededor de un poste situado en el centro del agua, vuelve por el mismo canal hasta el palacio Fóscari, donde se distribuyen los premios á los vencedores por el órden de su llegada. En los primeros años, esta fatigosa carrera terminaba en el puente de Rialto, frente al palacio de la Municipalidad.

Las góndolas empleadas para esta justa son de una construccion particular, tan delgadas y ligeras que se ha de reforzar con una tabla doble el sitio donde el gondolero pone el pié á fin de que no se rompa el fondo, segun indicamos ya en otro lugar. Esta especie de esquifes van tripulados cada cual por dos hombres con traje de brillantes colores, que ostentan el cinto

y el gorro de los castellani ó de los nicolotti; cada partido envia sus remeros más robustos y diestros, experimentados ya por numerosas pruebas; nadie podria figurarse cuánta es la emocion que se experimenta en la ciudad cuando se aproxima la regata, ni las precauciones y cuidados de que son objeto los que deben tomar parte en la lucha. Quince dias ántes se *retiran al convento*, como suele decirse aquí, evitando toda causa que pueda debilitarles, y ateniéndose rigurosamente á las prescripciones higiénicas indicadas. Si están al servicio de algun noble, este les exime de todo trabajo, considerándolos como hijos de la casa, á fin de que puedan prepararse libremente para el combate.

Llegado el gran dia, cada candidato recibe la bendicion paterna, abraza á su familia, se pone al cuello sus más preciosos relicarios de San Antonio y San Marcos, y acompañado de sus amigos, dirígese á la iglesia *della Salute* para rezar una oracion; despues, próxima ya la hora, coge su remo de madera elegido de antemano, con ayuda del cual espera agregar un laurel más á la gloria de su partido, y marcha presuroso á colocarse delante de la cuerda que retiene aún á todos los impacientes rivales. Al resonar un cañonazo cae la barrera, y cada cual, encorvándose sobre su ligera góndola, hácela volar sobre el agua, de un solo golpe de remo, rápida como una gaviota.

Durante la ausencia de los gondoleros, los espectadores no manifiestan impaciencia como sucede en las carreras del hipódromo, porque apénas bastan los ojos para examinar detalladamente todas las maravillas reunidas en aquel lugar.

Desde el balcon del ilustre palacio Fóscari, desde lo alto de la ventana misma que Enrique III de Francia ocupó en 1574 para presenciar una magnífica regata en honor suyo, vemos desarrollarse á derecha é izquierda ese inmenso y magnífico *Canalasso* con sus palacios que parecen agitarse bajo la multitud, con sus barcas de todas formas y colores, las cuales cubren el agua de tal modo que se puede cruzar fácilmente de una orilla á otra como si hubiera entarimado.

Por doquiera se oye música y alegre algazara; la naturaleza y el arte se armonizan; su union produce un conjunto que rebosa de belleza pintoresca. Las barcas y las góndolas desaparecen bajo los paños de sedas de todos colores; y bien se necesitan este cielo y este sol para armonizar tantos sonidos y matices.

En cuanto á los dueños de los palacios, antiguos y modernos, quieren rivalizar en los gastos, compitiendo en lujo y buen gusto con el objeto de llamar más la atencion.

Hace algunos años, el patricio Giovanelli gastó por sí solo 800,000 *zoana zigers*.

En estas regatas se observa mucha variedad en las embarcaciones: hay góndolas del siglo XV; caiques turcos con sus remeros medio desnudos; y hasta ligeros juncos chinos.

Entre las góndolas llaman la atencion pequeños esquifes de cuatro remos, y unas grandes barcas de ocho, adornadas como en tiempo pasado, y sobrepuestas de una especie de templete cubierto de gasa de oro ó de plata, á veces de colores muy vivos; en la popa y la proa se ven trofeos de armas y brillantes grupos que representan amores, sirenas, aves y otros adornos. Las barcas grandes se emplean para abrir paso á los justadores en medio de las muchas que llenan el canal, obligando tambien á la multitud á permanecer á lo largo de las orillas. Los

jóvenes patricios que equipan estas barcas se arrodillan sobre ricos cojines en la proa, y arco en mano lanzan doradas flechas á los gondoleros que no se alinean bastante pronto, manera graciosa de advertir á los torpes sin contristar con rigores la alegría de la fiesta.

Tambien figura en las regatas el *Bucentauro*, esa famosa nave de los Dux, copiado de los antiguos caiques del sultan, engalanado con todo lo que la imaginacion puede inventar.

En fin, Venecia reaparece en las regatas tal como era en su más famosa época, tal como era en tiempo de Enrique III, pues muchos de los trajes son los mismos, y en los palacios se ostentan iguales adornos de oro y plata.

Siempre es el mismo pueblo, dominado por las mismas pasiones, aficionado á la lucha y los placeres. Todo el pasado se desarrolla en el presente, demostrando que nada se ha olvidado de la gloria de los antecesores, y que áun se ofrece un porvenir al fénix que deberá renacer de sus cenizas.

Los justadores no tardan en reaparecer bajo el puente del Rialto; llegan y oprímense entre sí, miéntras que los que han quedado más atrás, viendo perdidas todas las probabilidades, van á ocultar su tristeza en los pequeños canales solitarios.

Los aplausos y los vivas resuenan por todas partes, y una inmensa aclamacion anuncia el momento de la victoria hasta en las extremidades del gran canal. Algunos golpes de remo más y el vencedor cogerá la bandera roja; el segundo se apodera de la azul, y el tercero y cuarto de la verde y la amarilla.

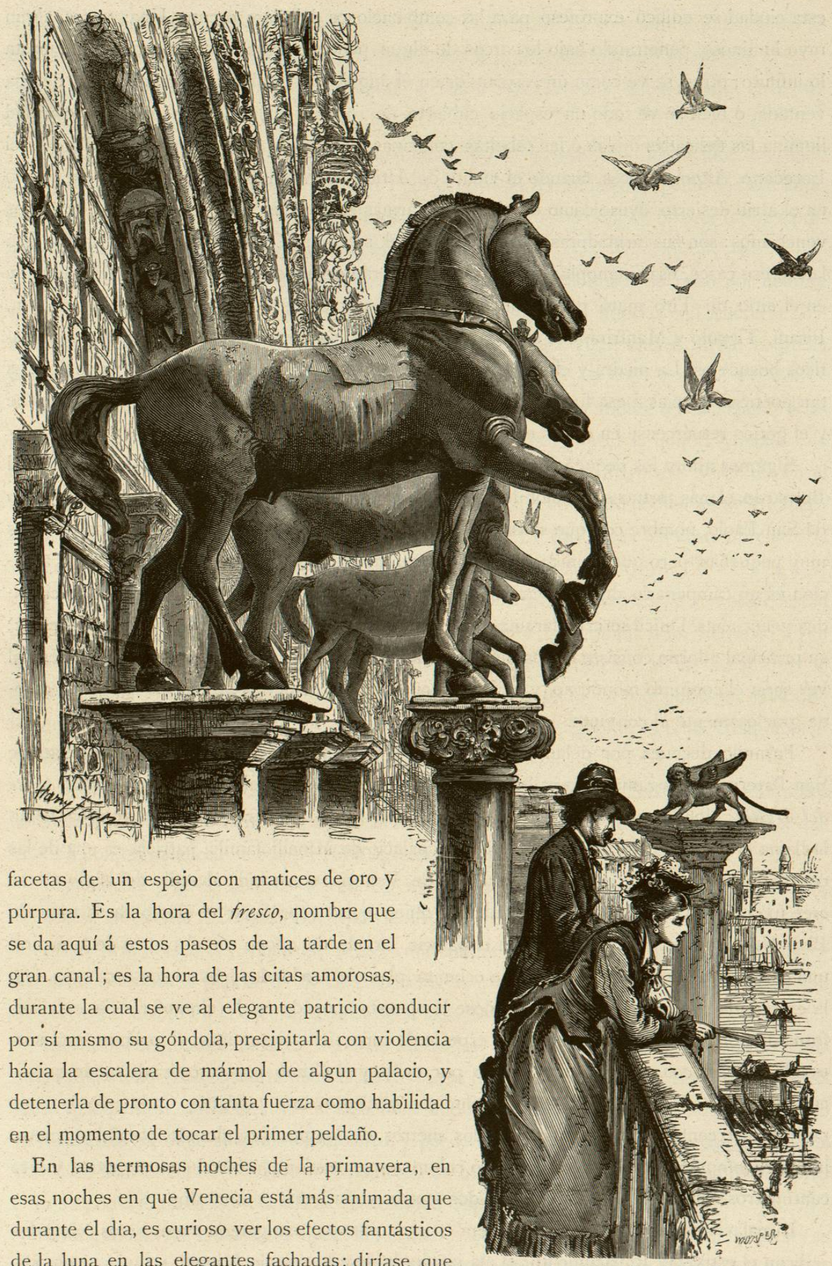
A la gloria de ser vencedor, á la de ser el héroe celebrado de todo un partido, agrégase tambien la dicha de hacer fortuna, pues además del premio, el feliz gondolero salta de barca en barca y recibe de los espectadores una lluvia de monedas de plata, sin contar que por la noche y al dia siguiente hace una nueva colecta en los barrios habitados por su partido.

Terminada la regata, que se efectúa á eso de las seis de la tarde, la gente ocupa todas las góndolas y sigue á la música que recorre el canal. Entónces redobla la confusion, y la multitud es tan compacta, que los gondoleros no se sirven de sus remos sino para resistir el golpe de las barcas más fuertes; allí avanzan todos sin saber cómo.

Llegada la noche, el efecto es más mágico aún: las luces de bengala, sonrosadas, verdes, violáceas ó blancas, iluminan con sus brillantes matices aquellos soberbios palacios que se reflejan en el agua, semejantes á fantásticos castillos de rubíes y de zafiros. Añádase á esto el inmenso número de góndolas que pasan por delante de aquellos focos deslumbradores; los sonidos armoniosos de las orquestas, reproducidos por los ecos de mármol de esta ciudad sonora; una magnífica noche de verano y un cielo tachonado de estrellas; y unas mujeres hermosas iluminadas fantásticamente miéntras permanecen en los balcones aspirando la brisa del mar. No es posible soñar un espectáculo más bello y poético.

Antes de alejarnos de este gran canal, tan mágico con sus dos líneas de palacios, y cuya descripcion ocuparia todo un libro, digamos algo sobre su vida y movimiento.

A la hora de ponerse el sol es cuando los paseantes afluyen á este sitio, donde se les ve echados en los muelles cojines de sus góndolas que se balancean con una gracia singular; el agua que agitan, iluminada verticalmente por los últimos rayos del astro rey, brilla como las



Los caballos griegos de San Marcos

facetas de un espejo con matices de oro y púrpura. Es la hora del *fresco*, nombre que se da aquí á estos paseos de la tarde en el gran canal; es la hora de las citas amorosas, durante la cual se ve al elegante patricio conducir por sí mismo su góndola, precipitarla con violencia hácia la escalera de mármol de algun palacio, y detenerla de pronto con tanta fuerza como habilidad en el momento de tocar el primer peldaño.

En las hermosas noches de la primavera, en esas noches en que Venecia está más animada que durante el dia, es curioso ver los efectos fantásticos de la luna en las elegantes fachadas: diríase que